CONSTANZA VALDÉS

¿Un cuerpo equivocado?

IDENTIDAD DE GÉNERO, DERECHOS
y **CAMINOS DE TRANSICIÓN**



Índice

I **Todas las experiencias son únicas e irrepetibles** 7

II **¿Qué implica la identidad de género?** 25

III **Personas trans en Chile** 45

IV **Cinco años y medio de tramitación: la ley de identidad de género y sus aspectos principales** 75

V **¿Hacia dónde debemos ir?** 113

I
Todas las experiencias son únicas e irrepetibles

Poco se ha escrito en Chile sobre la identidad de género, los derechos de las personas trans y la ley de identidad de género. El escaso material con el que contamos, además, ha sido elaborado en su mayoría por personas cisgénero, lo que no supone un problema en sí mismo, pero sí influye a la hora de analizar la falta de perspectiva integral: una vez más se terminan discutiendo los derechos de las personas trans sin las personas trans.

Las identidades y vivencias no solo permean los discursos políticos, sino también las investigaciones académicas y las tesis asociadas. Por lo general, los artículos y documentos sobre personas trans que son escritos únicamente por personas cisgénero tienden a asemejarse a estudios desde afuera (aquellos que centran su atención en el objeto de interés) y, cuando se les incluye en su elaboración, el panorama tampoco cambia mucho porque se les consulta por sus experiencias sin convertirlas en agentes activos de la producción de conocimiento.

Hoy escribo con la esperanza de poder combinar dos elementos: los aspectos jurídicos de la realidad de las personas trans y mi propia historia, ambos con sus evoluciones, transiciones y matices. Hablo aquí como parte de una población históricamente discriminada y excluida que quiere contar su propio relato, generar conocimiento respecto a sí misma y sus pares. Y a la vez: comparto mi pasión por el activismo y el rol que ha jugado mi profesión para poder cuestionar la legislación vigente y proponer cambios que nos permitan avanzar. Nuestras historias de vida siempre determinarán lo que escribimos —lo que investigamos y cuestionamos— y desconocerlo sería uno de los errores más profundos cuando nos corresponda dimensionar el tema.

Y es que a pesar de lo que los medios de comunicación y las películas nos hayan hecho creer, puedo decirles que ninguna transición es igual a otra: las experiencias no son equivalentes sino únicas e irrepetibles, aun cuando existan entre ellas elementos en común. Es importante tener esto en cuenta al escuchar testimonios de personas trans, e incluso al momento de leerlas y verlas, porque ninguna persona nace en un cuerpo equivocado y las historias en relación a él siempre serán diferentes.

Aclarado esto, yo nací el 10 de febrero de 1991 en Valparaíso, bajo el nombre de... (no, jamás se le pregunta su nombre de nacimiento a una persona trans). Mis papás se separaron unos años después, lo que generó diferencias familiares, distanciamiento con mi padre y una mudanza a la ciudad de Rancagua, donde me crié. Más allá de los chistes y las leyendas urbanas, Rancagua es conocida por explotar el cobre, conservar la figura del huaso chileno y venerar al rodeo como un deporte (maltrato animal) constitutivo de nuestra idiosincrasia. Es decir, es una ciudad de naturaleza conservadora, con mucho arraigo a las tradiciones y poca tolerancia a la diversidad en sus más variadas acepciones, lo que también se refuerza por su marcada religiosidad.

Aunque no recuerdo tanto mi infancia y juventud —y muchas veces me pregunto por qué—, sé que cuando pequeña me encantaba jugar con los niños y niñas que vivían en el sector, y mi mayor pasión era ver y jugar fútbol, herencia de mi abuelo y mi padre. Sí, así como hay niñas trans que cuando pequeñas juegan con muñecas, vestidos y maquillaje, hay otras que no pasamos por algo similar. Hacer la conexión entre los juegos y la identidad de la persona es un error conceptual que involucra también los roles y estereotipos de género, y por esto, cada vez que me entrevistan hago el siguiente hincapié: que durante mi infancia no haya jugado con muñecas ni mostrado diferencias respecto a mi corporalidad, no le quita validez a mi identidad de género ni tampoco a la de otras personas trans que pudiesen identificarse con mi relato.

De hecho, suelo intentar recordar si en mi infancia hubo alguna situación en la que transgrediera los roles de género y hasta el momento no ha aparecido ninguna. Solo recuerdo, sí, de que en mi época escolar no me gustaba cuando me llamaban por mi nombre en la lista: algo que se profundizó con los años y hoy tiene mucho sentido. Durante mucho tiempo pensé que la sensación extraña que me generaba mi nombre era irrelevante, pero en perspectiva entendí que eran sus implicancias lo que me incomodaba, tener que llevarlo conmigo y dejarlo repercutir en mi género y en mi vida.

Pasé por tres colegios en total y del primero solo recuerdo dos cosas: que no quería vacunarme (ahora agradezco muchísimo las vacunas) y que no era muy feliz (¿aunque qué persona trans es feliz en su época escolar?). Pero como en el primer colegio estuve más tiempo y quedaba al lado de mi casa, en mi memoria hay muchas más escenas y personas guardadas: gente querida, cercana y, algo muy importante, asistía a un curso mixto.

En esos años yo no sabía que era una niña trans. Quizás si hubiese indagado o alguien me hubiese hecho preguntas al

respecto podría haberlo intuido, pero en los noventa la población y la infancia trans eran invisibles y había mucho desconocimiento y prejuicios sobre la orientación sexual de las personas (se asumía que todo el mundo era heterosexual y, en caso contrario, se atribuía un supuesto «deseo» de ser hombre si eras lesbiana y mujer si eras gay).

A mí siempre me gustaron las niñas, pero pocas veces fue algo recíproco. Me enamoré, regalé chocolates para los 14 de febrero y disfruté de las cursilerías mientras fui pequeña, y supongo que todo eso mitigó los comportamientos distintos o transgresores que pude haber tenido: mi orientación sexual, en este caso, se correspondía con lo que socialmente se esperaba de mí en vista del género asignado. No sé si durante ese tiempo fui feliz, pero no lo pasé tan mal como en los años venideros.

Cuando estaba por empezar quinto básico nos cambiamos de casa y entré a estudiar al colegio marista de la zona, a un curso que era solo de «hombres». Si tuviera que resumir mi experiencia lo haría en una palabra: horrible. La niña extrovertida que disfrutaba jugando y compartiendo con sus compañeros y compañeras, se vio expuesta a las exigencias de un colegio católico, homofóbico, transfóbico, lesbofóbico y elitista, que solo era un espacio seguro para los heterosexuales cisgénero de cierta clase social. Hasta hoy mantengo mi rencor hacia ese colegio y todos los malos ratos que pasé. Terminé allí por la mudanza, pero también porque mi madre comulgaba con las ideas políticas de la derecha más dura del país y consideró beneficioso que estudiara en un colegio con cierta ideología e historia. Uno de los días más felices de mi vida fue cuando egresé de cuarto medio. Recuerdo que apenas terminó la ceremonia me fui, me salté todas las actividades conmemorativas que seguían y, en un gesto de cierre, escuché la canción *Freedom* de Rage Against The Machine.

Mudarme a un barrio céntrico donde no conocía a nadie, tuvo una serie de consecuencias y produjo grandes cambios en mi vida:

me alejé de las amistades que había forjado en mi antigua casa, salía a la calle solo si era necesario, empecé a pasar más tiempo sola y me quedaba horas viendo cosas en el computador. Poco a poco mi personalidad se volvió más introvertida, y la tristeza y la soledad me inundaron. El curso de hombres que me rodeaba era, en realidad, una jungla que se regía por la ley del más fuerte, donde el acoso escolar era diario y nadie hacía nada para prevenirlo. Los espacios patriarcales eran promovidos por el colegio en todo su esplendor, y en él predominaba la ausencia de perspectiva de género y de inclusión. (Sé que algunos pueden hacer la salvedad de que «eran otros tiempos», pero eso no exculpa la responsabilidad que tuvo y tiene el establecimiento). Era usual escuchar a profesores decir que la homosexualidad era pecado y que los hombres debían comportarse como tales. La misma gente que hablaba de respeto y tolerancia, vociferaba comentarios que tenían un impacto incalculable en la salud mental de las y los alumnos. Era un secreto a voces, por supuesto —y muy castigado socialmente—, la orientación sexual de profesores y estudiantes.

Las salas de séptimo básico a primero medio estaban en un espacio aparte de las salas de los menores, y cuando pasé de la sección anterior a esta no solo cambié de lugar sino también de fase vital. Si bien en un principio me adapté mejor, con el tiempo me transformé en una alumna más conflictiva y buena para responderles a las autoridades. Amenazada con las penas del infierno —y sumida en un entorno religioso que no daba tregua—, en el 2002 hice la primera comunión. Sin embargo, poco después sintonicé con la música punk, el anarquismo y el ateísmo, y rápidamente me alejé de (casi) todo lo que me había sido impuesto.

Siguiendo con el esquema de los cursos, creo que de segundo a cuarto medio fueron años decisivos para perfilar mi vida, porque se nos exigió optar por alguno de los electivos que ofrecía el colegio y yo elegí el humanista. No hubo ningún mes en que no nos dijeran que éramos el peor curso de la generación, el más

desordenado, y creo que eso se debía a que éramos el único electivo mixto (¡Ja! Un poquito de diversidad a la fuerza). Como era una persona muy directa y no siempre actuaba acorde a lo que el resto esperaba de mí, en este tiempo también se manifestaron las diferencias que tenía con mi familia y la decisión de no hacer la confirmación solo las profundizó. Había dejado de creer y no me hacía sentido cumplir con una práctica por costumbre, por el qué dirán y no por convicción, pero mis familiares nunca lo entendieron y nuestra relación cambió.

Volver a jugar fútbol de grande me hizo muy feliz, y me permitió dejar de pensar en los problemas de mi vida durante algunas horas al día. Si bien nunca sentí que encajara y el paso por el colegio marista fue un desagrado, en la cancha y con los videojuegos me sentía cómoda. Al refugiarme en ellos, estar sola se convirtió en una costumbre, o una especie de escape para dejar de cuestionarme mi identidad y mi orientación sexual (un error que solo soy capaz de ver hoy, porque, insisto, en esa época no había mucha información).

Entre la PSU, lo que se esperaba de mí y los conflictos con mi madre, el último año de colegio fue liberador y conflictivo. Para 2008 ya estaba cansada de tener que pretender ser alguien que no era, de intentar encajar, y esto me convirtió en la aislada so cial por excelencia, porque no quise someterme a la típica tradición de los polerones de colegio ni tampoco ser parte del anuario. Tras cada discurso conservador, de odio, lleno de estereotipos y prejuicios, mi resentimiento hacia el colegio crecía de manera exponencial y mi rabia era innegable (incluso hoy, mientras escribo, siento una molestia indescriptible).

A veces me siento responsable por no haber alzado más la voz, por no haber evidenciado y corregido todas las cosas erróneas que pasaban allí. Con los años supe que no era la única persona de la comunidad LGBTIQ+ en la generación y eso aumentó mi frustración e impotencia. Salir de ese pequeño panóptico

uniformado, en el que la libertad era una ilusión, es de las mejores cosas que me han pasado. Y lo repito porque creo que no siempre somos conscientes de los daños colaterales que puede generar nuestro sistema educativo, sobre todo a las mujeres y a las personas LGBTIQ+.

Como las clases de filosofía —dirigidas por el profesor Cristián— fueron una gran motivación para no odiar más el colegio y me intrigaba seguir ahondando en el área, al egresar pensé estudiar psicología, pero mis malas notas me impidieron entrar a las universidades que quería y tampoco tuve apoyo familiar para estudiar la carrera en otro lugar. Mientras preparaba nuevamente la PSU, las interrogantes sobre mi identidad de género empezaron a ser recurrentes y comencé a cuestionarlo todo, tanto a nivel personal como social.

Mejoré mis puntajes después de ese año de estudio, pero no lo suficiente para seguir adelante con el plan de ser psicóloga (el NEM siempre me jodió la vida). Por interés familiar —que terminó siendo útil, no lo niego— me matriculé en Derecho en la Universidad Diego Portales y en 2010 me fui a estudiar a Santiago. La sensación de libertad al empezar mi vida universitaria me permitió explorar más mi vida y mi identidad de género, que fue algo a lo que le tuve miedo mucho tiempo y más conviviendo con mi familia. Irme a Santiago fue un alivio y significó tomar un camino que hasta el día de hoy transito. Vivir sola, alejada de la familia, me permitió explorar diversas realidades relativas a la expresión de género, pero también estar en silencio, sentirme libre y no cuestionada por estereotipos o comportamientos que se esperaban de acuerdo a los roles de género.

Mi facultad estaba ubicada en el barrio República, un sector conocido por la vida universitaria, el carrete y el patrimonio histórico, pero a pesar de su atractivo durante mis primeros años ahí nada de eso me interesó. Tampoco estuve sumergida en los libros ni estudiando, sino que preferí pasar más tiempo

sola y conocerme, y en ese camino tuve mi primera pareja, Paula, quien me ayudó a sentirme más conectada, feliz y me abrió las puertas a nuevas experiencias. A pesar de sentirme diferente, me di cuenta de que no podía cumplir con lo que se esperaba de mí respecto a mi identidad y los estereotipos de género, lo que ocasionó complicaciones en el ámbito amoroso.

Para mi fortuna estuve acompañada por varias personas que me conocieron, me entendieron y acompañaron hasta el final de la carrera. Byron, Cristina y Daniela me permitieron tener espacios seguros, un grupo de amigos en el que podía confiar tanto dentro como fuera de la universidad, y su cariño me sostuvo en los momentos que más lo necesité. Gracias a ellos, además, pude dar el paso necesario para iniciar mi transición.

Una vez que me sentí cómoda empecé a disfrutar la facultad, aprendí cosas nuevas y me interesó la docencia, así que fui ayudante de Derecho Administrativo y durante mucho tiempo quse ser profesora, escribir e investigar (quizás porque tanto mis padres como mi abuela son docentes y la pedagogía es casi una tradición familiar). Si bien no fue fácil conjugar todo esto con las dudas constantes sobre mi identidad de género, con la ayuda de conversaciones, películas, series, documentales y sitios web pude ver de manera clara que era una mujer trans, y así nacieron mis nombres: Constanza —que significa constancia, un concepto clave en mi vida— y Florencia, que llama a florecer y me traslada también a la bella ciudad italiana (gracias, Byron, por ayudarme a elegirlo).

Leer también fue fundamental para poder comprender mi proceso de transición, porque me permitió aprender sobre la teoría de género, el feminismo y la teoría queer. Entendí que cada persona tiene una relación distinta con su identidad de género y vive de manera diferente su transición, y eso me ayudó a sobrellevar períodos de baja autoestima, tristeza y pensamientos suicidas. Por eso considero que la literatura —conocer otras realidades, tanto

teóricas como discursivas y vivenciales— ayuda a salvar vidas y, sobre todo, sentirse comprendida cuando nadie más lo hace.

Mi salud mental estaba afectada y no poder hablar el tema con mi familia me hacía sentir aún más frágil. Siempre me he caracterizado por ser reservada y no expresar mucho lo que siento, y aunque no sé si fue mejor o peor aplazar las conversaciones con mi entorno, sé que guardarme las cosas es algo con lo que cargaré siempre. Pero, en fin, como ya queda claro, mi época universitaria fue muchísimo más positiva que la escolar. La libertad que tuve en Santiago, alejarme de las expectativas que el resto proyectaba en mí y tener espacios para conocerme y explorar distintas formas de expresión de género, me mantuvieron a flote durante los momentos complejos.

Pero aunque la Universidad Diego Portales y mi facultad eran progresistas en sus discursos sobre la población trans, eso no siempre se veía reflejado en la práctica. Si bien se armaron vocalías de disidencias a nivel universitario, no había personas trans entre los y las estudiantes, y era común que los profesores hicieran comentarios prejuiciosos sobre la población LGBTIQ+ (aún recuerdo cuando una profesora de la clínica jurídica contó que había visto un documental con su hija, y al aparecer una mujer trans en pantalla, cambió de canal porque no quería explicarle esa realidad). Es bastante incómodo cuando los espacios institucionales no se hacen cargo de los procesos y asumen que la inclusión es una propuesta futura, sin un pasado e historia detrás. Y Lidia Casas, por el contrario, fue de las pocas docentes que incorporó la perspectiva de género en las asignaturas e instaló la idea de que la diversidad, la orientación sexual y la identidad de género no son algo político, sino una realidad que atraviesa a todos los seres humanos.

En 2015 tuve mi último semestre universitario. Como me había atrasado con algunos ramos y mi carga académica era menor, pude disfrutar más esos últimos meses y decidí iniciar una

terapia con Francisca, una psicóloga a la que terminé queriendo mucho porque me ayudó a iniciar mi proceso de transición y a decidir algunas cosas. De hecho, fue ella quien me ayudó a perder el miedo de salir a la calle, a transicionar y enfrentar las dificultades que podría traer el proceso a nivel familiar y público. Porque creo que, cuando una persona trans acude a un profesional de la salud mental, no lo hace por su identidad de género, sino por la discriminación, la violencia y/o las complejidades que se presentan a raíz de su proceso (haya sido iniciado o no).

Tras años de acumular pena, rabia, molestia y resentimiento contra el sistema, en ese semestre cuajó todo el dolor y se convirtió en un período determinante para mi futuro, no solo por mi proceso de transición sino también porque murió mi abuelo y no alcancé a contarle nada de lo que estaba viviendo. En ese sentido, su partida fue mi primer encuentro con la pérdida.

Cuando empecé a estudiar para el examen de grado tuve distintos cuadros depresivos, y la rabia por no «atreverme» a llevar adelante mi transición me mantuvo en ese estado durante muchos meses. Todo cambió el 28 de septiembre de 2015: el día que decidí salir al mundo con mi expresión de género. Esa tarde, mientras tomaba café con mi amiga Daniela, di el primer paso de muchos, y la recuerdo con alegría porque fue la primera vez que sentí la libertad de ser yo misma, la tranquilidad de vivir como yo quería. Mi vida cambió para siempre, y a pesar de que tiempo después tuve un intento de suicidio que derivó en una nueva terapia con mi psiquiatra, las cosas mejoraron de a poco y mi proceso personal empezó a tomar forma. ¿Mi tarea pendiente? Contarle a mi familia lo que estaba pasando. Literalmente empecé a vivir una doble vida y durante meses visité mi ciudad como si nada nuevo pasara, a pesar de que ya había comenzado a incursionar en el mundo del activismo.

El 1 de enero de 2016 tuve una pelea con mi madre, luego de que descubriera mis redes sociales. Me llamó maricón, me increpó

por mi transición y cuestionó lo que hacía, por lo que decidí alejarme de todo el círculo familiar. Creo que hablamos dos veces después de eso, sin cercanía ni menos confianza, y desde que me cambié de casa no la he vuelto a ver; la pena y la rabia que siento por la forma en que me trató no me permiten retomar el contacto. Es importante, por esto mismo, señalar que muchas personas trans que abandonamos el hogar y los espacios familiares lo hacemos por nuestra salud mental e integridad: para poder estar bien y tranquilas con nosotras mismas. Se habla mucho dentro de la comunidad, que las personas de la diversidad sexual y de género muchas veces elegimos a nuestras familias a raíz de esta misma situación. De ahí que es tan importante para nosotres cuando hay cariño de verdad y experiencias de vida que marcan la diferencia.

En mayo de ese mismo año conocí a Lucian, mi ex pareja, y junto a él comencé a tejer nuevas redes de protección, de familia, y a resignificar la palabra amor. Mientras se vive el proceso de transición, avanzar en compañía de la persona que quieres abre nuevas puertas y experiencias, y en mi caso ha significado mejorar mi autoestima, trabajar el amor propio, darme espacios de autoconocimiento y aprender a expresar mis emociones. La familia de Lucian, en su momento, también fue un apoyo constante y me entregó el cariño incondicional que perdí hace años. Junto a ellos y nuestros gatos, construimos nuevas formas de comunidad, resistencia y amor (y aunque nuestro vínculo como pareja terminó, decidimos convertirnos en amigues y seguir adelante).

Al pasar el tiempo, una va descubriendo y construyendo diversas formas de relacionarse. Y es que como las personas trans nos movemos en los espectros de manera más cuidadosa —debido a los prejuicios de una sociedad marcada por la transfobia—, los distintos vínculos afectivos y sociales que vamos cultivando se marcan a su vez por nuestras experiencias, miedos y expectativas.

En julio de 2020, en tanto, me llamó mi padre, con quien había dejado de tener contacto a los cuatro años. Desde el día en que nos reencontramos hemos estado (re)componiendo nuestra relación, fortaleciendo los lazos afectivos que aún perduran, y el que los dos hayamos estudiado derecho y tengamos tantas cosas en común nos ha ayudado a mantenernos cerca. Situaciones como esta ayudan a entender mi historia personal, lo que he vivido y las nuevas formas de tener familia. Que mi padre me llame hija se ha convertido en algo muy bonito y significativo, porque hasta el momento me había sido negado y creí que no lo experimentaría. Tampoco supe que lo necesitaba hasta que lo oí.

Cuando reviso mi vida y me detengo en cosas de mi personalidad, veo pequeñas migajas de un camino que siempre estuvo ahí para que yo lo transitara. Por eso entiendo mi historia como una transición premeditada que no podía dejar de ocurrir, y por eso también me involucré en el activismo y la política. Nuestras historias individuales de vida tienen una responsabilidad con el mundo y la comunidad, y debemos ser resistencia en todos los espacios.

Al respecto, me acuerdo que en octubre de 2015 —ya iniciada mi transición— decidí ir al Transfest: un festival realizado por la comunidad trans (en ese tiempo organizado por la OTD Chile) que busca crear conciencia sobre la necesidad de despatologizar la identidad. Aunque estuve leyendo sola en el pasto gran parte del día, al ver los actos pude compartir por primera vez en mi vida con más personas trans. Ese día me acerqué a la OTD y empecé mi camino en el activismo.

Como en esos años quería pasar piola por mi familia y aún había muchas cosas que me ponían nerviosa, cuando decidí involucrarme en política trabajé el tema en terapia y sopesé las consecuencias que podría tener en mi vida el pasar a ser una persona pública, porque implicaba visibilizar mi realidad todos los días, en todos los espacios. A pesar del miedo la decisión no fue difícil, porque sabía que tenía una responsabilidad social, que pocas

personas trans habían logrado estudiar derecho (y otras carreras) y egresar, y se me estaba presentando la oportunidad de trabajar por aquellas que no querían o no podían vivir de manera tan expuesta su identidad de género. Además, tampoco quería que más gente pasara por lo que yo, y no estaba dispuesta a vivir con un arrepentimiento similar al de mi paso por el colegio.

Al egresar de la universidad me reuní con la jefa de carrera para solicitar el reconocimiento de mi nombre social, porque todavía me faltaba rendir el examen de grado. Como era la primera vez que hacía algo así y los escenarios en general habían sido adversos, iba preparada para discutir, pero la reunión terminó siendo una de las mejores experiencias que he tenido en ese ámbito (y meses después supe que, a partir de esa solicitud, la universidad emitió un protocolo de reconocimiento de nombre social para las personas trans).

Cuando empecé en el activismo, la ley de identidad de género estaba en su primer trámite constitucional en el Senado, que es una de las fases más complejas porque en ella se disputa si debe seguirse un procedimiento administrativo o judicial en su tramitación (en el cuarto capítulo radiografiaremos el proceso). Y en paralelo, también, se estaba trabajando por su posicionamiento mediático y en la opinión pública porque era de vital importancia que la gente entendiera lo necesaria de su aprobación. Durante este tiempo conocí a Franco, Michel, Kris, Magda, Damián, Jimena, Armando, junto a muchas otras personas trans y cisgénero que tenían como objetivo proteger y defender nuestros derechos, y me involucré en la tramitación de la ley. Participé en varias reuniones con parlamentarios y con el gobierno, y mi optimismo inicial cambió radicalmente cuando comprobé que la mayoría de ellos no tenía idea de lo que se discutía. El nivel argumentativo era paupérrimo y, como si fuera poco, no se escuchaba a las personas trans y se legislaba para nosotras sin nosotras. La decepción fue por partida doble.

En 2016 hice una pausa para estudiar para el examen de grado, y gracias a la Clínica de Interés Público de la facultad de Derecho de la UDP, inicié también un procedimiento de rectificación de partida de nacimiento bajo la ley antigua (la del Servicio Médico Legal y los Juzgados Civiles). Cuando a fin de año volví a trabajar en la tramitación de la ley y vi que se había avanzado en algunas áreas, pero otras estaban estancadas por completo, sentí que no bastaba con mi activismo y entré a militar al partido Pirata, donde me involucré en temas digitales y de protección de la libertad de expresión. Sin planearlo, pronto pasé a ser la vocera del Frente Amplio y me convertí en la primera mujer trans en ser integrante de una coalición política en Latinoamérica.

Cuando empezamos a planificar los proyectos y campañas de la siguiente elección parlamentaria, en mi coalición me ofrecieron ser candidata a diputada. La importancia de la representatividad y de la incorporación de nuevas voces en el espectro político me hicieron aceptar, pero al evaluar todos los factores involucrados sentí que no era el mejor momento y, además, que había compañeres más preparados o preparadas para enfrentar el desafío y tampoco podía dejar de lado la ley de identidad de género, la cual ya iba de lleno al segundo trámite constitucional. Sin perjuicio de esa decisión, determiné que en el futuro sí disputaría esos espacios políticos.

Con los avances de la ley y la visibilidad que estaba teniendo nuestra causa, las cosas empezaron a cambiar muy rápido. Me tocó participar en más entrevistas, discusiones y reuniones, y desde Poder Ciudadano —partido al cual me había cambiado hace poquito (actualmente Comunes)— continué haciendo política y trabajando en las propuestas para las elecciones parlamentarias y presidenciales de 2017. Fue en ese contexto que recibí la sentencia definitiva de mi causa de rectificación, que reconocía mi identidad de género y accedía al cambio de nombre y sexo registral sin necesidad de exámenes físicos, psiquiátricos ni

ningún tipo de pericia. Recibir mi nueva cédula de identidad en el Registro Civil es uno de los momentos más gratificantes de mi vida, y poder experimentarlo multiplicó mis ganas de seguir en la lucha para que todes puedan acceder a su reconocimiento.

Cuando en esas elecciones sucedió lo que todes temíamos y Piñera ganó el sillón presidencial, también salió electa una de mis compañeras de partido: la actual diputada Claudia Mix. Su equipo me invitó a trabajar como asesora legislativa y, desde mi nuevo puesto, continué incidiendo y asistiendo a las sesiones de la tramitación de la ley en la Cámara de Diputadas y Diputados. Paralelamente, tomé contacto con distintas organizaciones de la diversidad sexual y de género, y trabajé en conjunto con Abofem, Amnistía Internacional y la agrupación lésbica Rompiendo el Silencio para intentar sacar adelante soluciones concretas a las distintas problemáticas que hemos mencionado.

Trabajar en el Congreso fue una experiencia positiva en lo profesional, porque pude aprender, participar en proyectos de ley y observar desde dentro cómo funcionan las acusaciones constitucionales que buscan hacer responsables de sus acciones a los altos funcionarios públicos; pero, también, reviví algunas de las cosas que sucedieron cuando recién me hice parte de la tramitación: bastante gente me miraba raro, había mucho desconocimiento a todo nivel, transfobia, prejuicios, menosprecio y una constante subestimación de mis capacidades. Creo que no podría haberlo sobrellevado sin el apoyo de nuestro equipo parlamentario, porque tanto Claudia como Carlos, Rodrigo, Matías, Carla, Ariel, Jorge, Martín y Karina se esforzaron por darme cariño y contención en los momentos más hostiles.

Al ser un espacio muy heteronormado y masculino, en el Congreso era común ver situaciones de acoso, violencia de género y discriminación. Por lo mismo —y a raíz del mayo feminista— la Cámara de Diputados y Diputadas sacó un protocolo en contra del acoso, que a pesar de sus deficiencias fue un pequeño avance.